



## La comunidad, lugar de la comunicación

Pascual Cebollada

### 1. El contexto actual

En el ámbito de la espiritualidad es bastante conocido el precioso libro que Jean Vanier, fundador de las comunidades del “Arca”, escribió en 1979, asignando a la comunidad el “lugar del perdón y de la fiesta”<sup>1</sup>. Pensando él en ese tipo peculiar de comunidades que incluyen personas discapacitadas mentales, sin embargo, lo que ahí se dice vale para comunidades religiosas, además de para otros muchos tipos de grupos y para la vida familiar y matrimonial.

En estas páginas queremos mostrar nosotros algo de lo que es la comunidad jesuítica o, más ampliamente, “al modo ignaciano”, como un ejemplo entre otros dentro de la vida religiosa o consagrada apostólica. Algo de lo que diremos corresponderá más a los jesuitas, otras observaciones ayudarán a otros sacerdotes, consagrados y laicos que se inspiran en lo ignaciano, y esperamos que haya afirmaciones que sean útiles a consagrados que no participan directamente de esta espiritualidad<sup>2</sup>.

A propósito de este tema, los jesuitas se preguntan de vez en cuando: ¿se puede decir algo más? ¿Es oportuno hacerlo? Esto mismo ocurrió hace siete años, cuando quienes participaban en la Congregación General 35 de la Compañía (2008) llegaron a discutir y redactar unas páginas sobre la comunidad que finalmente decidieron no incluir entre sus decretos. Es cierto que siguen siendo válidas reflexiones anteriores, y que nuevas indica-

223

<sup>1</sup> Cf. J. VANIER, *Comunidad: lugar de perdón y fiesta*, Narcea, Madrid 1981.

<sup>2</sup> Antes de concentrarnos en lo jesuítico, constatemos que el documento de la CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *La vida fraterna en comunidad. “Congregavit nos in unum Christi amor”* (2.2.1994) contiene muchos puntos semejantes a lo que diremos, y que ha sido también inspirador para ciertos textos acerca de la comunidad en la Compañía de Jesús. Pensando en la vida religiosa en general, véase recientemente L. LÓPEZ-YARTO, SJ, “Vivir fraternamente en comunidad”: *CONFER* 53, n° 202 (2014) 191-208. Y en la vida monástica, por ejemplo, MONJAS TRINITARIAS DE SUESA, “Buscar a Dios en los hermanos, compartiendo vida y misión”: *CONFER* 50, n° 191 (2011) 269-286; M. J. PÉREZ GONZÁLEZ, OCD, “‘El Señor nos juntó’. El estilo de hermandad según Teresa de Jesús”: *CONFER* 54, n° 206 (2015) 229-246.

*Pascual Cebollada*

ciones dirigidas a los jesuitas corresponden al P. General o a los distintos superiores provinciales, frecuentemente con documentos más puntuales. Esto no quita, con todo, concretar en estas líneas, una vez más, la concepción de vida común pensada por san Ignacio y los jesuitas, atendiendo ahora a la situación actual.

A pesar de que el número de jesuitas va bajando –especialmente en el mundo occidental– y que se van reduciendo sus residencias, los estilos de comunidad siguen siendo variados e incluso continúan acogiendo modos novedosos de vida común. Si hace años se habló de las comunidades de inserción, posteriormente han venido las llamadas “de solidaridad”, y recientemente se insiste en las de “hospitalidad”. Las tres tienen en común, en su origen, una referencia explícita a no jesuitas, que en algunos casos conviven con ellos bajo el mismo techo. La Compañía de Jesús, sin embargo, no ha optado por el momento por prácticas de “misión compartida” –tal como se conoce ahora en la vida consagrada– que afectaran nuclearmente a su modelo comunitario; por ejemplo, formas organizadas de vida comunitaria con laicos, sacerdotes u otros, incidiendo en la manera de vivir la pobreza (ingresos, gastos, etc.), en la participación en la toma de decisiones, en el trabajo y el descanso, o en el hábito de oración. Por eso, principalmente, aquí nos referiremos a jesuitas que comparten ellos solos la vida diaria en una determinada comunidad a cargo de un superior.

Sigue habiendo comunidades grandes (de 70, 50, 30 miembros...) y pequeñas. Si bien la mayoría ocupa edificios enteros o parte de ellos (colegios, residencias, parroquias...), otras se concentran en uno o varios pisos en un bloque de viviendas. La edad media ha ido subiendo, y por eso la convivencia en la misma casa entre los jesuitas que superan los 70 años y las generaciones siguientes –mucho menos numerosas– es ahora una cuestión de notable importancia para la marcha de la comunidad. Algo parecido ocurre con la creciente diversidad cultural (“lo intercultural”) en los miembros de una misma casa, sobre todo durante las etapas de formación inicial. En esto, la situación en la Compañía de Jesús es similar a la de otros muchos institutos de vida consagrada<sup>3</sup>. En ambos temas, no solo cada sector tiene necesidades y objetivos propios, sino que la vida y trabajo común de unos y otros es un auténtico reto en nuestros días. Por su parte, las comu-

<sup>3</sup> Acerca de estas dos cuestiones, puede verse el contexto más amplio de la vida religiosa en los siguientes números monográficos: AA.VV., “Jóvenes y mayores. Compartiendo vida y misión del Vaticano II hasta hoy”: *CONFER* 51, n° 194 (2012); AA.VV., “La interculturalidad: distinto origen, una misma vocación”: *CONFER* 51, n° 196 (2012).

*La comunidad, lugar de la comunicación*

nidades de formación tienen su lógica peculiaridad en usos y costumbres, pero confluyen con las demás en el impacto que reciben de los “signos de los tiempos” y del ambiente cultural y religioso que en buena parte las configura.

A lo largo de la historia, desde la fundación de la Compañía en 1540, se ha ido dando una mayor o menor organización e institucionalización comunitaria, dependiendo de las circunstancias: en el modo de rezar juntos, la distribución del tiempo, los encuentros periódicos o reuniones comunitarias, la cercanía o distancia en el trato, el ocio, etc. No todo ha correspondido al ideal primero ignaciano, aunque, al juzgar los ejemplos concretos de tal o cual época, hemos de tener en cuenta las muchas aventuras y desventuras que ha experimentado la orden, tales como –sin ir más lejos– su supresión y restablecimiento (en 1815 en España), atravesando entre uno y otro acontecimiento 40 años de difícilísima vida juntos.

*La palabra ‘comunidad’  
es ajena a nuestras  
fuentes en el sentido  
que ahora le damos,  
pero es la que se  
emplea actualmente.*

## 2. Rasgos de la vida en común

¿Hemos de hablar aquí de “unión de los ánimos”, de formación del mismo cuerpo apostólico, de vida comunitaria? La palabra “comunidad” es ajena a nuestras fuentes en el sentido que ahora le damos, pero es la que se emplea actualmente. Sea como fuere, el contenido de las notas peculiares de la comunidad jesuítica ha sido bien estudiado, y por eso no merece la pena repetirlo aquí. Bastará un leve recuerdo de las líneas principales que la marcan, con su alcance y sus límites<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> En el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* editado por el GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007), pueden consultarse las voces “Amigos en el Señor” (Javier Osuna), pp. 143-148; “Comunidad” (José García de Castro), pp. 362-369; y “Unión de ánimos” (František Hylmar), pp. 1735-1743, con excelente información y bibliografía adicional. Igualmente en el *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-temático* dirigido por C. E. O’NEILL y J. M<sup>a</sup> DOMÍNGUEZ (Institutum Historicum Societatis Iesu – Universidad Pontificia Comillas, Roma – Madrid 2001), la voz “Comunidad” (Jerome Aixalá), v. I, p. 889. Asimismo, la carta de P.-H. KOLVENBACH, “Sobre la vida comunitaria” (12.3.1998): *Selección de escritos 1991-2007*, Curia del Provincial de España de la Compañía de Jesús, Madrid 2007, pp. 44-57 (y *Acta Romana Societatis Iesu* 22/3 [1998] 276-289). Los documentos: Congregación General 31, d. 19 (Hechos y Dichos, Zaragoza 1966, pp. 167-178); y Congregación General 32, d. 11 (Razón y Fe, Madrid 1975, pp. 155-182). Las Normas Complementarias nn. 311-332 y el capítulo primero de la octava parte de las Constituciones, especialmente los nn. [671-676] (todo ello en AA.VV., *Constituciones de la Compañía de Jesús y Normas Complementarias*, Curia del Prepósito General de la Compañía de Jesús, Roma 1995).

*Pascual Cebollada*

*En su andadura personal, el jesuita vive en su comunidad local con las miras puestas en la misión, no hacia dentro.*

Tras unos intentos que no llegan a consolidarse, Ignacio de Loyola encuentra “amigos en el Señor” con los que se va a constituir la Compañía en París en 1534. Desde entonces hasta las llamadas “Deliberaciones de 1539”, los primeros jesuitas disfrutaban de varias ocasiones donde tiene lugar

un trato muy intenso entre ellos. Se conocen, ponen en común lo que son y tienen, actúan en la misma dirección y proyectan juntos su futuro. Un porvenir que requiere –paradójicamente para nuestro asunto– su necesaria separación y dispersión, ya que su unión está en función de un envío “para la misión”, y las concreciones de esta misión pueden estar territorialmente muy distantes. Así, con esta misma expresión “de misión” –tal como la define un historiador de la vida religiosa– se califica el tipo de comunidad propio de estos y otros clérigos regula-

res semejantes a los jesuitas, tanto en el siglo XVI como después. Si la vida comunitaria monástica, en su estabilidad local, persigue la calidad del monje en su camino hacia Dios, y la conventual propia de las órdenes mendicantes refuerza las relaciones dentro del grupo como testimonio de su vida religiosa, la ignaziana –y otras apostólicas similares– propone estructuras internas fácilmente adaptables a la labor que se va a realizar, situada fuera de la comunidad; asimismo su fuerte pertenencia al grupo compensa la distancia efectiva entre los sujetos.

226

Los jesuitas entendemos que lo que nos trae y junta en la Compañía es el resultado del discernimiento y la constante búsqueda de lo que Dios quiere para cada uno. Una vez dentro, esta pregunta y hallazgo de la voluntad divina orienta la formación inicial, como después hará lo mismo con la marcha y acción del cuerpo como tal. Por eso decimos que la comunidad es uno de los lugares donde plantear este discernimiento, pero no el único ni el principal: también intervienen las conversaciones espirituales con otros, con el superior local y el provincial, o la recepción de los signos de los tiempos por múltiples caminos. Y todo este conjunto hace que, en su andadura personal año tras año, el jesuita vive en su comunidad local con las miras puestas en la misión, no hacia dentro.

Y aquí aparece otro de los temas más discutidos y recordados por documentos oficiales, así como por estudios de los especialistas, de que, si bien la comunidad está “para la misión”, ella misma también es “misión”. La preocupación de la Compañía por la vida comunitaria, en este aspecto tal como lo destacamos ahora, corresponde a la época posterior a la Congregación General 31 y al concilio Vaticano II; es decir, a los últimos 50 años,

### *La comunidad, lugar de la comunicación*

y con los matices propios de cada década. Es muy posible que, además de la relación con Jesucristo, la vida común sea –como en otros institutos religiosos– lo más deseado por quienes acceden a un noviciado. Pero también una de sus mayores decepciones con el paso del tiempo. Por eso su calidad entra dentro de las mayores preocupaciones del gobierno de la Compañía, y esta bondad de la vida comunitaria se ha convertido en un tema recurrente en los últimos tiempos.

La comunidad ha pasado a ser uno de los elementos más elocuentes a la hora de mostrar la identidad de los jesuitas. No –como insiste nuestra tradición– porque ella sea nuestra principal “tarjeta de presentación” ante los de fuera, sino porque, de hecho, se ve mucho más de lo que parece, y el testimonio del estilo de vida común dice mucho del modo en que los jesuitas abordan eso para lo que se concibe la comunidad: la misión a la que conduce el discernimiento. Por eso ha adquirido una importancia renovada, donde no solo se valora para qué se vive en comunidad, sino cómo vive esa misma comunidad.

### **3. La comunicación**

Bastándonos por ahora los rasgos anteriores, hemos seleccionado un aspecto parcial, aunque muy valorado por san Ignacio, que nos permitirá continuar redescubriendo algunos puntos propios de la comunidad “a la ignaziana” en su concreción actual. Se trata de la comunicación. Las mismas *Constituciones* nos recuerdan: “Ayudará también muy especialmente la comunicación (...) para consolación y edificación mutua en el Señor nuestro” [673]; “Porque así se tendrá más noticia de las personas, y mejor se podrá regir todo el cuerpo de la Compañía a gloria de Dios nuestro Señor” [676]. Tanto ayer como hoy, nos parece uno de los principales desafíos de nuestra vida común. Ella, igual que para J. Vanier lo es respecto del perdón y de la fiesta, es también “lugar de la comunicación”.

Entendemos aquí la comunicación en un sentido amplio, incluyendo distintas formas de trato, de manifestación mutua y de participación de asuntos comunes, sea mediante la conversación o por otros medios. Sin llegar necesariamente a la confidencia –esa confianza estrecha e íntima– propia de la amistad, los distintos grados de comunicación en la comunidad ayudan a la persona a crecer humana y religiosamente como jesuita. Pensamos en la comunidad “real” a la que pertenece cada uno, aunque existan otras comunidades “virtuales” –llamémoslas así– de compañeros con quienes se mantenga buena comunicación y amistad, aunque sin vivir en la misma casa o ciudad.

Pascual Cebollada

*Los distintos grados de  
comunicación en la  
comunidad ayudan a la  
persona a crecer  
humana y  
religiosamente como  
jesuita.*

1. *Claridad.* Un primer paso es el de la transparencia: dejarse ver o adivinar con facilidad, con claridad, dejarse comprender por los otros sin confusión o ambigüedad (dentro de lo posible). La Compañía de Jesús dispone del medio de la “cuenta de conciencia” para cada jesuita en su trato con los superiores, con la manifestación o apertura sincera acerca de sí mismo, de lo que es y está viviendo, con vistas al buen gobierno de la persona y del cuerpo<sup>5</sup>. Aunque no se da “cuenta de conciencia” a los compañeros de comunidad, el valor que ella contiene, adaptado a las situaciones, ayuda a superar unas relaciones puramente formales, laborales o profesionales, de mera vecindad física, con notable defensa de la privacidad o mal entendido “respeto humano” hacia el otro. La transparencia supone que lo que se ve no son solo las fortalezas personales, que tanto gustan de ser expuestas, sino también las fragilidades y desconciertos que las acompañan cotidianamente.

228

Ahí debería encontrar su puesto la que puede parecer antipática y pasada de moda “corrección fraterna”. Es posible y tiene sentido si se dan las relaciones que acabamos de indicar, porque, si no, será más disuasiva y repelente de futuras relaciones, incumpliendo también su objetivo principal de ayudar a una cotidiana conversión personal. El examen de conciencia resulta aquí muy oportuno. De igual modo, como trasfondo y complemento de esta “corrección”, el estímulo igualmente concreto hacia la persona, agradeciendo, animando, interesándose por ella... supone el reconocimiento de lo que va haciendo y siendo, y la impulsa a dar lo mejor de sí misma. Por supuesto, esta comunicación entre miembros de una comunidad –no únicamente con el superior o el acompañante espiritual– solo se da en un clima de profundo respeto y cordialidad, que no se improvisa y suele requerir tiempo.

2. *Dispersión y soledad.* Como hemos visto, la Compañía forma largamente sujetos atentos a las necesidades exteriores para que, si Dios lo quiere, se entreguen a su atención y posible resolución. Pero, hoy día, al mantener que la comunidad es parte de esta misión –misión interna,

<sup>5</sup> Cf. J. L. SÁNCHEZ-GIRÓN, “Cuenta de conciencia”: *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, o.c., pp. 520-529; J. AIXALÁ, “Cuenta de conciencia”: *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, o.c., v. II, pp. 1019-1020.

*La comunidad, lugar de la comunicación*

podríamos decir–, constatamos que hay varias circunstancias que la hacen especialmente necesaria y no puro descanso del apóstol, únicamente para recobrar fuerzas perdidas. Una de ellas es la dispersión, al ser reclamada la persona por múltiples burocracias laborales, infinitos polos atractivos aparentemente imprescindibles para ser feliz, y relaciones crecientes en número pero igualmente decrecientes en profundidad de trato. Además, incluso la misma misión encomendada, con frecuencia de “apagar fuegos” –no es raro ver religiosos que, con gran generosidad, siguen haciéndolo aunque hayan entrado hace tiempo en la “tercera edad”; u otros en plena madurez con riesgo de quemarse–, si no se cuida, saca a la persona de su propio “hogar”, donde ella encuentra una unificación básica.

También la soledad es otra de las circunstancias que hoy reclama una vida comunitaria sólida. Al relacionar la comunidad con los tres votos religiosos, se la considera como una ayuda realista a la castidad. Efectivamente, la inversión afectiva en el trato con los compañeros, sin necesidad de comportamientos exagerados, ayuda a que esta manifestación cordial tenga un cauce de salida adecuado y no se convierta en algo así como una “asignatura pendiente” de la que acaba culpándose al celibato. Como nos recuerda más de un documento de nuestra reciente tradición, las relaciones dentro de la comunidad no son las propias de una familia, ni están volcadas de tal forma hacia dentro que dificultaran la disponibilidad para ser cambiado de residencia; pero sí han de procurar que la persona no se sienta como una inquilina en régimen de alquiler o similar (a no ser que ella misma lo prefiera y se autoexcluya así del funcionamiento comunitario), sino realmente “en casa”.

3. *Comunión con el cuerpo.* La vida religiosa –nos parece– se encuentra ahora con un serio riesgo de perder vigor espiritual, entreteniéndose en ocupaciones y relaciones como “a medio gas”, cayendo en la mediocridad, tanto con las personas como con el mismo Dios. Dispersión y soledad, entre otros factores, pueden llevar a replegarse en uno mismo y a perseguir los propios intereses por encima de todo. Pero ya san Pablo nos recuerda: “Si algo puede una exhortación en nombre de Cristo o un consuelo afectuoso, o un espíritu solidario, o la ternura del cariño, colmad mi alegría sintiendo lo mismo, con amor mutuo, concordia y buscando lo mismo. No hagáis nada por ambición o vanagloria, antes con humildad tened a los otros por mejores. Nadie busque su interés, sino el de los demás” (Flp 2,1-4). Y san Ignacio escribe en sus *Ejercicios espirituales*: “piense cada uno que tanto se aprovechará en

Pascual Cebollada

todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés” [189].

La comunicación nace de y, al mismo tiempo, promueve la comunión. En la Compañía de Jesús, por su propio carisma, no existe la obligación del rezo común, tal como ocurre en las órdenes religiosas monásticas y conventuales. Naturalmente, aparte de que se señala que haya algún rato de oración conjunto al día en cada comunidad, tampoco se impide encontrar el mejor camino y ritmo de hacerlo. Dada la variedad de formas comunitarias, cada una decide el modo que prefiera. Por supuesto, la eucaristía sigue estando en el centro de la jornada, vinculando a unos y otros en torno al Señor.

*El núcleo de la espiritualidad nacida de los Ejercicios es la base de la ‘unión de los ánimos’ de la que hablan las Constituciones.*

En la oración y la eucaristía es posible experimentar la comunión, incluso con una comunicación verbal sobria o escasa. Si no fuera así, ¿qué otra cosa nos junta a quienes no hemos escogido compañeros de techo? La convocación recibida de Dios, el amor de su Espíritu presente en la historia de cada uno y en la andadura común, Jesucristo como compañero mayor en el camino... A falta de frecuentes estructuras estables que ayuden a esta comunicación –y que en la historia de la orden han abundado en ciertas épocas más barrocas–, podemos decir que, ya desde que se adquieren el lenguaje y –ojalá– las actitudes de los *Ejercicios espirituales* en el noviciado, la unión se dirige a la conciencia común de qué es lo fundamental que nos reúne.

Y esto es, en primer lugar, la propia adhesión al mismo cuerpo al que pertenecen otros, sabiendo que “estamos en lo mismo”. Aquí se dan unos vínculos comunes que se comparten gracias al trato habitual y a la “conversación espiritual” a la que Ignacio, Pedro Fabro y otros muchos eran muy aficionados. Ella permite reconocer los vínculos, redescubrirlos y mantenerlos activos. No es nada extraño: se trata de contar, de recordar, de hablar del futuro... Aquí vale la pluralidad de posturas, la discrepancia en la visión, la discusión... Hubo épocas en que los jesuitas estaban cortados exteriormente por el mismo patrón: el modo de vestir, la distribución del tiempo, el lenguaje. Hoy no es así, pero el núcleo de la espiritualidad nacida de los Ejercicios es la base de la “unión de los ánimos” de la que hablan las *Constituciones*. Tanto ellas como otros textos aluden a estar unidos en las intenciones, propósitos, deseos, mentes, juicios, voluntad, caridad o corazón. Ciertamente, pero se



*La comunidad, lugar de la comunicación*

refieren a temas fundamentales, no accesorios, y así los hemos de interpretar.

Quizás hoy día, a causa de la fuerte tentación presente en nuestra cultura –como decíamos– a perseguir los propios intereses a costa de todo, cobijados en “egos” fuertes y narcisistas, el reto está en atender la llamada a servir al cuerpo. El cuerpo –la Compañía de Jesús, la Iglesia– necesita personalidades fuertes, pero no francotiradores caprichosos; y necesita gente libre con la mira puesta en los intereses discernidos del cuerpo y en los de Jesucristo. En la propia comunidad local esto se concreta en una actitud de no considerarla como una ocasión para sacar partido de ella en mi exclusivo provecho, sino en invertir ahí lo que uno es y tiene. A veces, simple pero oportunamente, estando presente con gusto en sus “tiempos fuertes”, en esas actividades en las que la comunidad aparece más como tal (momentos y espacios cotidianos, celebraciones, comidas, retiros espirituales, descansos...). Otras veces, recibiendo dentro de ella, como uno más de los miembros débiles a los que la comunidad está especialmente llamada a cuidar de modo privilegiado.

Un rasgo más de esta comunidad que vincula al cuerpo. Una buena comunidad relativiza el relieve desmesurado que con frecuencia, en nuestros días, adquiere el presente: acontecimientos, noticias, encuentros, relaciones, sentimientos, emociones... Ellos a veces ofuscan experiencias y compromisos fuertes y asumidos en el pasado, que de pronto se desvanecen y dejan su lugar a nuevos impactos, casi siempre puntuales y pasajeros. La comunidad, con su tranquila estabilidad y apenas sin forzar, recuerda estos lazos del pasado, que ya han sido discernidos e incorporados al núcleo de la persona, y que son vínculos queridos del jesuita con el cuerpo al que pertenece.

4. *Con otros.* La comunicación también viene de fuera. Conocidos y amigos de verdad de los jesuitas, además de los familiares, nos pueden hacer mucho bien, y forman parte así de esa “comunidad virtual” más amplia que complementa la real en la que vivimos. Si les damos pie a ello, nos recuerdan y ayudan en nuestra vocación y en aspectos medulares de ella. También con ellos podemos tener una “conversación espiritual” adaptada a la situación, lenguaje y necesidades de cada uno. Si, además, comparten de algún modo nuestra misión, mayores ocasiones habrá todavía de

*El cuerpo  
–la Compañía de Jesús,  
la Iglesia– necesita  
personalidades fuertes,  
pero no francotiradores  
caprichosos.*

*Pascual Cebollada*

discernir la acción del Espíritu en ella y de buscar lo que Dios vaya queriendo.

La comunidad ha de ser acogedora, incluso en lo material; entre otras cosas, para que sus miembros no se busquen la vida fuera. Sencilla al mismo tiempo, como suelen reclamar una y otra vez generaciones más jóvenes de jesuitas, haciéndose eco de estas mismas recomendaciones internas de la Compañía. Si cumple estas dos cualidades, será capaz de acoger a pobres de diverso tipo, permitiéndoles sentirse a gusto en ella. Así, esta faceta de nuestra vida les resultará creíble, y nosotros mismos podremos ser invitados a sus casas con la certeza de que allí también encontraremos semejante acogida y sencillez.

Decimos que la comunidad jesuítica es lugar de comunicación. Una comunicación querida por Ignacio, como un ejemplo más de la que pedía a todo el cuerpo de la Compañía repartido muy pronto en varios continentes antes de la muerte del fundador. Comunicación con Dios, con los jesuitas de la misma casa, con los de otras residencias, con amigos y conocidos de distinto orden. Un instrumento muy importante para que la comunidad alcance a ser una muestra elocuente más de la presencia del Señor entre los hombres.